



El modelo de riesgo, la disfuncionalidad sistémica y la revolución que viene en México

El modelo agotado

La crisis económico-financiera global nos ha mostrado la debilidad estructural del modelo de administración de riesgo. Los riesgos se asumen, pero no se administran. Los riesgos se evalúan, pero no se racionalizan como si se tratara de una amenaza psíquica de carácter cognitivo.

Los riesgos se prevén y se busca neutralizarlos. No se apuesta con los riesgos, no se juega con ellos, no se manipulan como la ruleta rusa, porque terminan por dispararse.

Las lecciones que vamos aprendiendo de la crisis global, pueden darnos, también, luces sobre los desafíos que enfrentamos en México, y acerca de la manera cómo podemos resolverlos.

Lo primero es estar seguros de que entendemos o conocemos lo que realmente está pasando. El problema financiero mundial se debió en parte, y dicho de un modo coloquial, a que todo el mundo jugó a los derivados, sin saber a lo que estaban jugando.

Todos en México apostamos al futuro del país, pero tal vez no nos damos cuenta de que debemos cambiar de sistema.

El problema de México radica en que el modelo o sistema político emanado de la Revolución Mexicana, simplemente ya no funciona. No tiene viabilidad histórica, ni es capaz de reformarse. No es una novedad, pero llama la atención que siendo un dato que nadie se atreve a negar, no lo tomemos en cuenta.

El modelo mexicano desvinculó la acumulación de riqueza, de su distribución, generando una de las sociedades más desiguales del planeta; concentró el poder y restringió la participación mediante un sistema corporativo; generó un sindicalismo y unos monopolios que limitan la apertura e impiden la evolución saludable del país, sujetándolo

a una esclerosis múltiple: en los partidos políticos, en el Congreso, en la Administración Federal y en los gobiernos de los estados y municipios.

Durante la segunda mitad del siglo XX el país se modernizó y se convirtió en una de las quince economías más grandes del mundo.

Se mejoraron las oportunidades educativas, sanitarias, de desarrollo físico y social. El país se volvió más productivo y sin duda avanzó. No se trata de negar la realidad de lo que hemos conseguido.

Se trata de que para preservar esos avances, es necesario ir más allá, porque los desafíos han rebasado al sistema. De no hacerlo la situación puede deteriorarse y entrar a una espiral caótica.

México necesita recuperar ideales y metas que auténticamente puedan ser compartidos por todos, o por muchos. Debemos recuperar los ideales de justicia social, de gobernabilidad democrática y respeto y sujeción al Estado de Derecho.

Ello significa privilegiar la búsqueda del bienestar colectivo, la participación ciudadana y la responsabilidad social.

Los modelos de administración de riesgos se vieron afectados por tres síndromes que determinaron su colapso: la miopía del corto plazo, la red de control y los incentivos perversos o desalineados.

Estos tres factores pueden traer resultados inmediatos e incluso mantener un sistema funcionando durante cierto tiempo.

Por ello, tanto en los Estados Unidos como Europa, se está tratando de recomponer el paradigma de gestión, a fin de modernizarlo y hacerlo operativo y realmente eficaz. Me parece que la presencia de estos tres síndromes en el modelo político mexicano, determinan su disfuncionalidad sistémica.

El desastre de la miopía

La miopía es una afección humana que no sufren la mayoría de las personas, y las que la padecen la pueden corregir fácilmente. La miopía física es prácticamente irrelevante, se acepta y se supera. El problema está en que, la miopía, puede ser una disfunción transmisible, a otros campos de la acción humana.

La miopía tiene diversas etiologías según los ámbitos en los que se presenta. La miopía empresarial fue definida por Theodore Levitt en los años sesenta, como la actitud que lleva a centrarse en el producto, y que es incapaz de mirar al mercado.

Se toma lo cercano y lo inmediato como la fuente de sentido, en lugar de ser consciente de su papel meramente instrumental. Se confunden los medios y los fines. Lo mediático se impone a los objetivos realmente valiosos, que radican en la satisfacción de necesidades, o en la consecución de finalidades.

La miopía intelectual lleva a la pérdida de la perspectiva y puede afectar a la economía, la moral o la política. La miopía cognitiva es difícil de reconocer. Los que la padecen la identifican con un modo de ser, con un paradigma o valor que han definido de antemano (prejuicio) y que les distorsiona el sentido de su actividad.

Al remitirse a lo próximo y lo factual, nunca ven más allá de sus narices. Subestiman las probabilidades de los resultados, ya sean benéficos o adversos, porque no pueden desplegar ante sí la amplitud de la acción.

El cognoscente factual o inmediato sería cómo una persona que tiene la capacidad de la visión, pero que renuncia a ella, para conformarse con lo que al alcance de su mano, puede medir y tocar.

En lugar de ir de aquí para allá, se calcifica en el allí, y de ahí no pasa. Puede ser un aquí, que le hace sentirse seguro, le llena de cosas y de satisfacciones, pero que en definitiva, le está evitando ir hacia adelante. Cuando se da cuenta es porque el ahí desapareció, y lo dejó a la intemperie.

Los sistemas políticos, sociales o económicos pueden verse afectados por la miopía organizacional. Los largos períodos de estabilidad la favorecen, se piensa que el sistema se ha vuelto indefectible, y el enfoque está predeterminado.

La parcialidad, los prejuicios y la dogmatización, incluso de lo irrelevante, conducen a la programación preconcebida, que no puede aceptar la novedad en el horizonte, porque en definitiva le teme a la libertad.

Los individuos que controlan imponen su visión de corto plazo. Se busca eliminar el sentido crítico, se impone la uniformidad y se impide la participación. Las organizaciones se dividen en dos grupos los que mandan y los que obedecen. El control se vuelve clientelar o represivo.

Los sistemas de información discriminan los datos, cercenan las noticias, disfrazan u opacan la realidad. Las estadísticas y los informes sólo dan cuenta de lo que, previamente, se ha determinado que debe suceder.

Las predicciones siempre se cumplen o se superan, porque se hacen los arreglos necesarios para que así aparezcan. Se ignora si las cosas han ocurrido así o de otra manera.

El sistema de decisiones se vuelve auto-referencial, gracias al control de la información que refleja sólo lo que se quiere reflejar. Los hombres de vértice y los organismos de control se aíslan en el mundo que han creado.

Se impide que llegue cualquier tipo de información perturbadora, que, en cualquier caso, es rápidamente neutralizada. Las decisiones no miran al futuro, sino a mantener el *status quo*; los problemas se solapan y se agudizan.

Los empleados, los participantes o las masas se pueden convencer de que no pasa nada, que todo está muy bien y de que la estabilidad está garantizada.

Redes de control

La visión de corto plazo requiere de una red de control que permita mantener a la organización, a la sociedad o al país, en una situación de dependencia o tutelaje.

Para ello se requiere de un aparato, de unas conexiones o de una retícula de seguridad, que impida la contaminación desde el exterior, frente a un diagnóstico que dice que nosotros estamos bien y los demás mal por definición. Esto ocurre en los países, las organizaciones y las empresas.

Las redes que se constituyen desde el poder, son redes de control: buscan que la realidad no se filtre. Hay que preservar el sistema de toma de decisiones, de la contaminación exterior.

Los demás quieren hacernos daño; los otros conspiran contra nosotros; sólo nuestra propia red nos puede salvar porque es la única que responde a nuestros intereses, y por ello es la única que resulta confiable. Como se puede apreciar la miopía o la falta de visión, determina al sistema de control.

Los comités, comisiones y consejos se multiplican, pero sólo pueden decidir en relación con los parámetros previamente determinados, con base en las informaciones que han sido filtradas y seleccionadas, y en definitiva con el parecer del que más manda.

Parece que hay una estructura institucional, se vive la ficción de un organigrama en el que todo depende de los arreglos cupulares, que miran a los intereses particulares y por ello inmediatos.

Los sistemas de organización se escinden en dos redes: la informal y la formal. La primera sostiene el peso de la actividad hasta la explotación, la segunda maximiza los resultados en beneficio propio.

Se disocian los procesos de producción y de control, y se producen pérdidas de tiempo y de recursos; se generan cuellos de botella. Hay una apariencia de solidaridad que en realidad sólo justifica la explotación.

Las redes se instrumentalizan; los sistemas de control se vuelven autónomos y realmente están fuera de la red; la mística o la ideología justifican esta violencia y permiten que haya poderes meta-constitucionales, meta-sociales, meta-legítimos o meta-institucionales, a los que se apela mediante la razón de estado, el conocimiento superior o la suprema unidad.

Las redes suponen nodos y conexiones. Los nodos son los centros de decisión y también de producción; las conexiones representan los modos de transporte y comunicación, y pueden devenir en simples correas de transmisión.

Los nodos están formados por personas que en parte están en la red, pero que no son de la red. Una sana organización en red se organiza sabiendo que los fines de las personas están más allá de la red.

Reconoce que la libertad es la posibilidad de que la persona exprese su creatividad; de que pueda dar soluciones verdaderamente enriquecedoras, inéditas y a su vez abiertas a nuevos desarrollos, lo que permite la idea de un futuro que se destaca y se pretende.

Cuando las personas se instrumentalizan, se usan indistintamente como factores de producción, como fuerza laboral o como transporte y conexión. Las organizaciones se vuelven totalitarias, utilizan a las redes de manera parasitaria.

No aportan, consumen y confiscan para la acumulación, que justifican por la información distorsionada. Buscan el sometimiento de todos mediante la nivelación, y expropián la riqueza que se produce. Como se ve, agotan el sistema.

Si el sistema social, político y económico se reduce a una red de conexiones sin contenido y sin substancia, se puede pasar -a través de la red- lo que no vale, para que reemplace la riqueza auténtica.

Es el caso de la bursatilización de derivados que no responden a la generación de valor, sino a la audacia financiera y a las buenas relaciones (conexiones) con otros agentes en la red.

Los sistemas del tipo que sean, suponen una red de conexiones, pero si éstas no desarrollan estructura y contenidos, actúan parasitariamente y terminan esquilmando la red.

Cuando las relaciones son humanas, se establece un sistema de cooperación, que puede ser definido como un juego de ganar-ganar, que lo hace sostenible y sustentable. Cuando las relaciones se vuelven clientelares lo que termina por agotarse es la creatividad, y sin ella no es posible la generación de los diversos tipos de valor.

Para el sistema, la medición del riesgo estriba en la evaluación de la funcionalidad, de los nodos y de las conexiones. Si los nodos están agotados, el sistema ha empezado a desintegrarse.

Si los nodos pueden quedarse con algo de lo producido, el sistema puede funcionar en el nivel de subsistencia. Los eventos improbables juegan aquí un papel catalizador.

El cambio de élites no significa el cambio de sistema. Puede haber alternancia de élites, sin que se cambien los paradigmas de explotación, y sin que el sistema se sujete a la ley, que es un principio para la toma de decisiones, la generación de acciones y la consecución de resultados.

El cambio de élites, sin modificación del sistema, puede activar, tan solo de manera provisional, a los nodos que, sin embargo, no podrán llegar nunca a la creatividad y a la productividad de los sistemas abiertos, porque solo funcionan en la medida en que se garantiza la libertad.

El sistema piramidal genera siempre un sistema feudal. Cada nodo se quiere convertir en la cabeza del sistema y por lo tanto crea su propio subsistema, o sea una red de relaciones particulares.

Las redes al servicio de objetivos particulares pierden su dimensión social, se marginan de la ley, y por lo tanto se ponen al servicio de la informalidad, que más tarde evolucionan hacia la delincuencia organizada, que se estructura como mafia.

La mafia por sí misma es compleja y difícil de descifrar, aunque su estructura interna se base en el principio del juego de suma cero, lo que condena a las sociedades al subdesarrollo, que desde luego es siempre relativo.

La evaluación del riesgo, en las sociedades con sistemas y redes disfuncionales, se vuelve sumamente difícil, por el alto nivel de complejidad que han adquirido. Se necesitan especialistas en todos los campos, y parece que nadie es capaz de tener una visión de conjunto.

Se trata de una organización piramidal tan grande, compleja y fraccionada, que nadie cree que realmente pueda haber un poder central a cargo.

Estos sistemas se vuelven sumamente frágiles, la interdependencia anula o hace imposible el control central, y los aventureros quedan al mando. Hay una ficción de unidad, control y eficacia, que se cubre con un alud de informaciones y con el recurso al lenguaje simbólico.

La realidad es que ya no existe el sistema, ni el control central; las conductas oportunistas han minado la confianza, y se da el grito de alarma: ¡sálvese quien pueda! La ficción puede continuar por un tiempo.

Los nodos no pueden tomar decisiones porque carecen de información, realmente no saben lo que pasa. Las malas decisiones se extienden, porque las redes se conectan con otras redes. De pronto todos se exponen al contagio, y los activos tóxicos se pasan, de mano en mano, en como algo valioso.

La crisis se convierte en pandemia y surca toda la red y sus subsistemas.

Como en el caso de los virus, los activos tóxicos –que no son únicamente los derivados, sino los patrones de conducta- sólo se pueden neutralizar si descubre el código genético.

Es necesario decodificar los paradigmas que han llevado a esta crisis financiera mundial, y en nuestro caso particular a la disfuncionalidad del sistema político mexicano. Se trata de recuperar y establecer nuevos valores, ideales y paradigmas, que permitan

regenerar el sistema inmunológico social, en México y en el mundo, y que pasa necesariamente por la restauración de la conciencia moral de las personas.

Esta es la gran noticia que abre una salida a la crisis actual, una noticia potente y esperanzadora, que puede dar razones para confiar y para esperar, para trabajar y para ser solidarios, para recuperar la fe en el ser humano, si somos capaces de plantearnos la necesidad de dar lo mejor de nosotros mismos, y no lo que nos reclaman los espejismos de la modernidad consumista.

Incentivos desalineados

Y puestos a corregir los sistemas, digamos que la miopía es curable, las conexiones pueden adquirir sentido y dejar de ser un mero sistema de control.

Para ello es necesario que las personas recuperen junto con la conciencia moral, el sentido de sus acciones, y la motivación y los incentivos necesarios para ir más allá de las conductas oportunistas, que se concentran en la búsqueda del interés particular.

El problema político y organizacional del siglo XXI está dado por las teorías de la representación y de la administración del riesgo, bajo la falsa promesa de lograr, mediante el corporativismo, la seguridad o la protección de todos.

Cuando en realidad, lo que han hecho, es precipitar a las personas, a las organizaciones y muchos países, a caer en riesgos no asumidos, ni previstos.

Todo sistema de gobierno público o privado intenta ser un sistema político. Muchas veces, sin embargo, encubre -bajo señuelos- a un sistema despótico de toma y aplicación de las decisiones.

La lucha es siempre entre la verdad y la libertad de una parte, y la manipulación y el control de la otra.

La idea de la representatividad se basa en la teoría de la agencia, que distingue entre el mandante y el mandatario. El postulado básico sería el siguiente: las complejas

sociedades o las grandes instituciones no pueden manejarse directamente por quienes las constituyen.

Así, para el caso de las sociedades anónimas el mandante o agente principal es el accionista, que delega en un consejo de administración y en los ejecutivos, el manejo de los recursos y el patrimonio de la empresa.

En los sistemas nacionales, los ciudadanos delegan en sus representantes la toma de decisiones, a través del voto, para el ejercicio de los poderes legislativo y ejecutivo. La teoría de la agencia supone que, el agente delegado, buscará servir de la mejor manera posible los intereses de su o de sus representados, y por lo tanto pondrá los intereses de sus representados por encima de cualquier otra consideración personal.

El problema se presenta cuando el agente busca sus propios intereses al margen, o peor aún, en detrimento de los intereses del mandante.

Por ello la teoría de la agencia implica de suyo el riesgo moral, o sea la posibilidad de la extralimitación del agente en sus funciones, a costa del principal, que es a quién se cargarán los costos y perjuicios de las decisiones tomadas por el mandatario.

El riesgo moral consiste en que, el agente mandatario, utilice los poderes que se le han delegado, para propósitos distintos de los que se le han encomendado. Si el agente busca fines distintos pone en riesgo la sustentabilidad, la continuidad, el patrimonio y la finalidad de las instituciones o de un país.

La eficacia se pierde, lo que importa ya no es conseguir las metas comunes en términos de crecimiento y desarrollo, sino satisfacer los comportamientos oportunistas de quienes detentan la toma de decisiones.

Se aumenta el poder personal, el agente evade la responsabilidad y la rendición de cuentas, y se vuelve soberano. Este es el riesgo moral, que se decanta en la frustración del un sistema político, para convertirlo en uno meramente despótico, y por ello inhumano.

El concepto de soberanía, como cualidad social de autodeterminación, se privatiza. El interés particular impera sobre el bien común. Se llega a eso, que México se ha definido como “miseria pública, opulencia privada”.

Proyectos faraónicos que no son pertinentes, elefantes blancos que se consumen a sí mismos, justificaciones excéntricas y populistas que no posibilitan la movilidad social. Los gastos se vuelven desmedidos, se da la impresión de que se genera riqueza para todos, y ello explica que los agentes se auto-gratifiquen de manera totalmente desproporcionada.

La teoría de la agencia no puede funcionar sin pesos y contrapesos. La representación en las modernas democracias, requiere de la división de poderes, pero también de manera muy destacada de altos estándares éticos en las minorías dirigentes, así como de una auditoría social que pueda señalar abusos y negligencias, pedir cuentas y fincar responsabilidades.

Lo mismo se puede afirmar para las corporaciones, las empresas y las organizaciones. Se requiere de agentes intermedios, o de una estructura de distribución del poder mediante el recurso a la colegialidad, y a la garantía efectiva de poder y autonomía, para actuar en conciencia y con apego a las normas éticas y las disposiciones legales.

La teoría de la agencia, si se toma de forma ingenua, se convierte en la estrategia de la manipulación y la prevaricación de lo público en lo privado. Los ciudadanos se vuelven más pobres, los trabajadores pierden sus empleos y sus ahorros en la forma de previsión social, y los accionistas sus inversiones.

Reducir el riesgo moral, aparejado a la teoría de la agencia, requiere de la promoción de un sistema participativo, en el que el poder no se ejerza de manera arbitraria. En el que ejercicio de la autoridad se vea como un servicio, y no como una manera de obtener privilegios. Precisa de reglas, mecanismos y procesos de toma de decisiones que sean transparentes, racionales y justos.

Es necesario establecer consejos y comités, en los que se aseguren los derechos y de los deberes de los miembros, a fin de que cada uno pueda actuar con libertad y con responsabilidad. Los miembros de un comité o consejo no están al servicio de quién lo

preside, sino de la comunidad que los ha elegido o en cuya representación han sido seleccionados.

Si no se prevén formulas para garantizar la independencia de juicio de los que participan en la toma de decisiones, el poder se puede concentrar en el 'hombre fuerte' o en un pequeño grupo, que impone sus intereses particulares a las organizaciones, a las empresas o al país.

Hay que buscar la protección de las minorías; hay que alinear los intereses particulares y los propios, con los que son comunes; las personas deben valorar no sólo lo que consiguen, sino el sentido que ello tiene para sus vidas; no se trata sólo de tener más, sino de buscar el imperativo moral de ser mejor.

Para ello es necesario alentar la colegialidad y la transparencia en la toma de decisiones, así como la libre circulación de la información. Esto requiere de auditorías no sólo financieras, sino también organizacionales para corroborar que lo que se informa corresponde a la realidad. Los datos sin la comprobación, pueden convertirse en una bomba de tiempo.

Hay una relación entre los incentivos y los resultados de las organizaciones, y esto se aplica también a los gobiernos y a los sistemas políticos.

Las relaciones de agencia tienen un costo, definido por el sistema de pesos y contrapesos, y por la clase y la cantidad de incentivos morales y monetarios que hay que dar para que los agentes cumplan con la misión, los objetivos y las metas de los gobiernos, de las empresas y de las organizaciones.

La teoría de la agencia tiende a reducir el riesgo moral, en el largo plazo, cuando se institucionalizan las relaciones y se dan los incentivos adecuados que eviten distorsiones.

Los mandantes deben exigir un sistema de información y de control, y los mandatarios tienen que sujetarse a un sistema de rendición de cuentas, que permita asegurar las operaciones y generar confianza.

Salarios adecuados, participación, promoción interna, posibilidades de desarrollo, reconocimiento, sistemas que aseguren la lealtad y la estabilidad, conciencia del deber, espíritu de cuerpo, sentido de responsabilidad, mentalidad empresarial, valorar las prestaciones que se reciben, estimación de las posibilidades de enriquecimiento personal en la tarea, apreciar el valor de la persona e inculcar una mística del honor propio, son elementos indispensables para estructurar verdaderos incentivos que fomenten el bien común, el profesionalismo y la eficacia.

Las repercusiones del modelo auto-referencial

La miopía en los alcances de las decisiones y las redes no incluyentes, hacen imposible el ejercicio de la autoridad porque desajustan la correspondencia entre los incentivos y las metas que se persiguen.

Si los incentivos son puramente cuantificables y materiales, la persona se queda varada en el presente, y no encuentra motivos para asumir el pasado y proyectarse hacia el futuro. Esto determina que los niveles de corrupción se disparen.

El proceso de decisiones aparece en ocasiones como una especie de lucha libre, en la que se aplica una 'llave' a la organización para hacerla aceptar unos determinados riesgos, en función de unos beneficios esperados.

Cuando los beneficios son altos o muy altos, los riesgos se suelen minimizar. Pero cuando los riesgos ponen en peligro la misión y la continuidad de la organización, no hay beneficios posibles que los justifiquen.

¿Qué pasa cuando se acepta la discrecionalidad absoluta de la autoridad, que de momento garantiza mayores niveles de subsidios a la población, pero a costa de establecer relaciones clientelares, que generan dependencia, producen inmovilidad y congelan las posibilidades de las personas?

¿Qué sucede cuando en las empresas y organizaciones se exprime a la red que las hace posibles, se niega la inversión en infraestructura humana o física, y se privilegian los resultados exorbitantes en el corto plazo?

¿No se trata de una inaceptable cultura del riesgo que impide el futuro, porque acaba con el presente?

En el corto plazo parece que hay crecimiento e incluso desarrollo, las cosas van bien. Sin embargo no se genera estructura, todo es coyuntural e inmediato, propio de una cultura que vive en el presente de forma hedonista.

Cuando los desaciertos empiezan a emerger se cubren con corrupción, y eso parece que da nueva eficacia al sistema.

Se producen déficits importantes en la formación del capital humano e intelectual, y las personas en sus conductas se vuelven erráticas: evasiones físicas o morales, dependencias psíquicas y químicas, incapacidad de enfrentarse con la verdad y el sentido de la propia existencia.

En suma la crisis del modelo, lleva a la crisis de las personas y al rompimiento psíquico y moral, que incapacita para la acción, sumerge en el temor y crea un vacío existencial que se vierte en una depresión asintótica, que se quiere resolver con euforias artificiales.

Consecuencias políticas de la disfuncionalidad sistémica

La falta de referentes morales, la ausencia de principios que estén más allá de las opiniones, la carencia de fundamentos racionales precipita a las personas, a las organizaciones y a los sistemas políticos en la decadencia. Las instituciones se ven privadas de cimientos, las normas se vuelven relativas, la discrecionalidad hace imprevisible el futuro.

Sin valores no se sostienen las leyes, faltan los recursos morales para aplicarlas, las instituciones se precipitan, y los modelos políticos entran en una fase de falla de sistémica.

Los municipios se colapsan; los estados se enquistan y extorsionan a un centro, que sin recursos y sin conexiones, solo arbitra de manera inestable, sin poder exigir que cada

parte cumpla con las competencias que le son propias. Hay apariencia de funciones, los componentes del sistema se coordinan de manera precaria, y se evoluciona hacia la ley de la jungla, cubierta por apariencias pseudo-estratégicas y un lenguaje y unas formas legalistas.

El sistema pierde credibilidad y confianza; no se genera capital social. Los parásitos empiezan a consumir los recursos hasta caer en déficits cada vez más grandes, que son cubiertos por el poder central; el poder central se convierte en rehén de los poderes locales y legislativos de los caciques en turno.

La red de relaciones se convierte en cobija que tapa todos los desfalcos; cualquier acción para transparentar los procesos es abortada, con el fin de proteger a esa misma red asentada en prácticas corruptas.

Todo se puede negociar, porque todo tiene un precio y este se refleja en los incentivos del sistema, que es incapaz de mirar hacia adelante.

Los síndromes de la miopía, las redes de control y las fallas institucionales colaboran para generar un estado fallido, que sin embargo se reviste de los ropajes del republicanism, el federalismo, el estado de derecho, de la democracia y la justicia.

Las pruebas de esfuerzo resultan agotadoras. No hay capacidad de estructurar una visión, se consumen los recursos mediante la explotación de la riqueza no renovable, se generan déficit que suponen endeudamiento, y lo que es peor aparecen déficits de desarrollo bio-sociológico: la falta de alimentos condiciona el desarrollo físico e intelectual; las redes perversas de explotación producen criminales o ciudadanos insensibles; la dinámica social entra un proceso de involución.

La lucha por sacar el mayor partido posible de los rendimientos decrecientes lleva a los partidos a una retroalimentación de los tres problemas referidos.

Se piensa que es posible ganar en el corto plazo, mediante la colusión y el despilfarro. No habrá posibilidad de perder los privilegios, en tanto se asegure que la comunicación no es fluida, la información es manipulada y se puedan aplicar alguna especie de somníferos sociales.

Los políticos contratan a publicistas, mercadólogos y diseñadores de imagen; se presentan como brillantes, carismáticos, pulcros, educados y sensibles; aparecen rodeados de un hábito de superhéroes, que han sido paridos en el Olimpo, para gobernar en nombre de no se sabe qué principios superiores: la fuerza y el dinero.

El problema es el modelo

Las fallas del sistema están patentes en los pésimos niveles educativos; en la incapacidad para generar capital humano, social y físico; en la economía informal y criminal; en el deterioro ambiental y ecológico; en la falta de respeto a la ley, en la incapacidad para aplicarla y en la falta de institucionalidad.

El problema de México no está en los márgenes, sino en la esencia del sistema. El problema está en reconocer que hemos seguido un modelo de control, que no fomenta la iniciativa, que no estimula la responsabilidad y que perpetua las condiciones de sometimiento, tutelaje y dependencia.

Por ello hay que cambiar el modelo de control por un sistema abierto y libre, cuyo equilibrio no dependa de las negociaciones de los tecnócratas o los repartos de las cuotas de poder y de recursos, entre los señores feudales de los sistemas corporativistas y pseudo-empresariales.

El problema del modelo es que no permite la libertad. Es un modelo de control social, mediante la reducción de las expectativas –para que no podamos pensar en cosas grandes-; mediante el manejo de la información y de los recursos –para que nadie se sienta tentado a ejercer sus posibilidades-; mediante el ejercicio de la coacción de manera sistemática –te va a ir muy mal, si te sales del sistema-.

Las oportunidades están controladas, nadie puede avanzar por méritos propios, todo depende de los gestores, y los gestores están coludidos.

La burocracia de los intermediarios hace que los gastos aumenten considerablemente y para ello se necesitan muchos recursos. La teoría de la agencia se utiliza en sentido inverso: para beneficiar a los mandatarios.

Hay una distribución calibrada casi milimétricamente, para dar la impresión de que todos reciben.

Se administran las ayudas; se permite sobrevivir en la indigencia; pero no se producen ayudas para salir de ella; se fomentan las situaciones de explotación; se incentivan las de dependencia; la imposibilidad de adquirir educación, cultura y adiestramiento, hacen inviable la movilización social, y no queda más remedio que emigrar.

La evolución entre lo probable y lo posible

Lo posible es casi inimaginable; lo probable puede que nunca ocurra. Lo probable parece más cercano; lo posible no debería preocuparnos, ¿o sí?

Era posible que una pandemia se iniciara en México, aunque no parecía probable. La epidemia se desató y hemos tenido que vivir bajo medidas que nunca hubiéramos imaginado. Ante la evidencia, se reacciona con estupor, se busca un chivo expiatorio y se termina por negar la realidad.

La epidemia está allí, y está aquí; pero hay quien se imagina que no existe; aseguran que se trata de una manipulación, orquestada por las agencias multilaterales, los partidos políticos y los países desarrollados, gracias a los medios de comunicación y a la globalización que demuestra, una vez más, su talante depredador y neocolonialista.

Los escenarios de evolución de un país, no dependen sólo de lo que podemos imaginar, eso sería irrelevante. Deben poder deducirse de las condiciones reales en las que se opera.

No constituyen apuestas de futuro, sino elementos para la toma de decisiones. Son un conjunto de posibilidades atisbadas desde el presente, para tratar de generar un futuro destacado, deseable y configurable.

La crisis económica global de los años 2008-2010 nos demuestra, también, que lo que se desvincula de la realidad, tarde o temprano termina por estallar. Es posible, como se

sabe, engañar a alguien, todo el tiempo; es posible engañar a pocos, mucho tiempo; pero es imposible engañar a todos, todo el tiempo.

Las crisis son la forma que tienen los sistemas para ajustarse con la realidad. Si la actividad financiera se desvincula de la economía productiva, entre más se aleje, mayor será el daño y más grave el ajuste.

Si se vive en la dicotomía de los ricos y los marginados, de los afluentes y los desconectados, de los que miran al corto plazo y de los que no cuentan ni en el presente, se corre un riesgo enorme.

En México el modelo de administración de riesgos ha sido rebasado: los recursos naturales, entre ellos el agua, la tierra y el petróleo, entran en una fase de sobre explotación o de franco deterioro, que los vuelve escasos o inservibles.

La corrupción de las autoridades a nivel local, en los gobiernos estatales y en amplios sectores del gobierno federal, así como en los sindicatos y sectores paraestatales, es tan enorme, que hace imposible la aplicación de la ley, sumiendo al país en la discrecionalidad.

La disfuncionalidad del sistema político ha generado subsistemas económicos, políticos y sociales ilegales e informales, que en su momento se vieron como males necesarios, y que ahora constituyen la infraestructura para el crimen organizado, las mafias de narcotraficantes y las bandas o pandillas de delincuentes y extorsionadores.

El escenario inercial

Todo ello existe, marca una realidad. Nos hacemos la ilusión de que, si ya que hemos vivido así por muchos años, podemos seguir viviendo así por muchos años más. Se trata del escenario inercial: si nos ha ido bien, pues seguramente no nos podrá ir mal.

Si a pesar de tantos problemas, podemos decir que 'como México no hay dos', ¿para qué preocuparnos?

El año del 2009 es electoral. Estarán en juego varias gubernaturas y se renovará la Cámara de Diputados en el Congreso de la Unión.

Los resultados no cambiarán radicalmente el escenario. Si las cuotas de representación (de los partidos) resultan semejantes a las actuales, seguirá el inmovilismo. Si el PAN obtiene una cierta mayoría, se puede ver frenado en la Cámara de Senadores en donde no habrá cambios.

Si el PRI consigue la mayoría, mantendrá de rehén al PAN por lo que resta del sexenio. En este escenario, inercial como es, el PRD no representaría un factor relevante. Su ala radical lo hace delirante.

Su izquierda funcional aunque lo intenta, no acaba de ser moderna; temerosa del progreso, es incapaz de comprometerse en proyectos progresistas.

Tanto el PRD como el PAN y el PRI se encuentran atrapados en sus dinámicas internas. La "miopía auto-referencial" los aísla, y se orientan al producto y no a las necesidades sociales.

Se vuelcan hacia el interior: cómo colocar sus cuadros; cómo hacer para que los grupos obtengan posiciones e influencia al interior de los propios partidos; cómo mantener liderazgos y cuotas de poder.

La auto-orientación del PRI y el PAN les impide ver lo que necesita el país. Para ellos gobernar es ser. El PRI cuenta con una red de gobernadores en los Estados, que pueden operar con entera libertad, y de los que el gobierno federal (panista) se ve necesitado, para dar la imagen de un sistema que se mueve.

La capacidad de maniobra de los gobernadores priístas descansa en su comportamiento feudal. Obtienen cada vez más recursos del gobierno federal, sin que por ello tengan que preocuparse de propiciar condiciones de desarrollo para la economía y del empleo. Son prácticamente irresponsables en el manejo de los recursos públicos, que utilizan para someter a los demás elementos del estado, incluidos los municipios.

Utilizan los programas federales con tintes partidistas y electorales, sin que haya en la práctica medios de impugnación.

Los gobernadores, tanto del PRI como del PRD, operan sus propias redes en los Estados en los que dominan y en otros en los que tienen influencia. El gobierno federal aparece como el papá que tienen que pagar las cuentas, pero sin tener la capacidad para exigir responsabilidades.

El Ejecutivo Federal no tiene realmente una red de relaciones políticas. Aporta, a través de la Secretaría de Hacienda, los recursos necesarios, pero ello no le genera lealtades institucionales, legitimidad política, ni aseguramiento del estado de derecho.

Es un gobernante sitiado en un sistema de señores de la guerra, que no dudan en comportarse de manera depredadora, para conseguir sus objetivos en el plazo cero.

El PAN lleva ocho años en Los Pinos, y eso ha transformado su forma de ser y de operar. La fuerza de un partido está en sus militantes, en la formación de sus cuadros de dirigentes, en los que “cuidan el negocio” y hacen posible que un partido sostenga principios, promueva políticas y mantenga la congruencia de sus acciones.

El PAN llegó al poder y su personal se ha ido a las oficinas del gobierno. Todos los cuadros destacados quieren un puesto, y hay mucho que quieren ser ahora miembros del PAN para obtener uno.

Los cuadros y la militancia están fascinados con los trabajos y empleos en las diversas dependencias. Se les ve en las oficinas administrativas y legislativas de municipios y estados y en la federación.

Los luchadores sociales de antaño han mutado en multihábiles asesores de todo estilo, que acumulan “iguales” en todos los niveles de gobierno; en políticos “comprometidos con la gente”, que se han vuelto expertos en buscar los apoyos internos de la “militancia” para obtener candidaturas.

Los resultados de un gobierno dependen de su red de relaciones. Las gubernaturas panistas son escasas y por ello la red del presidente tiene carencia de nodos. No puede tener resultados exhibibles.

Los resultados son de los gobernadores, que son los que disponen de fondos federales, y de territorio y población para aplicarlos. El PAN, salvo Jalisco, no cuenta con estados populosos en los que pueda exhibir resultados.

El sistema político es una red de conexiones. El sistema político mexicano ahora en estertores, fue un sistema meta-constitucional. Está basado en relaciones clientelares. La presidencia de la república carece de ellas en la actualidad.

Cada nodo se quiere convertir en la cabeza del sistema: por lo tanto crea su propio subsistema o red de relaciones particulares.

El escenario radical

Los problemas acumulados pueden encontrar su punto de fusión, su catalizador o detonador en algún momento. Circunstancias como el terremoto de 1985 o las crisis económicas recurrentes en 1982, en 1987 o en 1994, no supusieron una conflagración social que pusiera en riesgo el sistema.

Al final de la primera década del siglo, la crisis económica global con la consiguiente pérdida de empleos, reducción del crecimiento y deterioro de las condiciones de vida; la inseguridad y la criminalidad organizada; el impacto psíquico y social de la epidemia, que mostró la vulnerabilidad de la sociedad mexicana; los seculares niveles de pobreza, desnutrición, desigualdad, ignorancia y marginación, pueden alimentar el caldo de cultivo para posiciones que buscan un cambio radical.

No es que necesariamente se presente, pero es una posibilidad. Una posibilidad que deberíamos considerar, y en la que podríamos considerarnos personalmente involucrados.

Una posibilidad que puede presentarse como factible, cuando en el discurso político, los actores del escenario inercial no reconocen los problemas que enfrentan las personas;

no dan motivos para esperar un cambio favorable; cuando los líderes sociales, intelectuales y económicos no manifiestan ni simpatía ni disposición, para mejorar las condiciones de las ingentes cantidades de mexicanos, que han sido dejados de lado por la modernización, la globalización y la competencia electoral más ajustada.

¿Qué pasa si los políticos tradicionales de derecha, de centro o de izquierda, siguen manteniendo la gradualidad como forma de evolución, con un horizonte indefinido?

¿Será la inacabada transición económica, política y social, la senda en la que agotaremos nuestras existencias? ¿Seguiremos siendo el país de la inmovilidad y la esclerosis cultural, educativa y laboral?

¿Qué ocurriría, por contraste, si aparecieran líderes con un lenguaje directo, claro y firme, que reconozcan los problemas y las penurias que pasa la mayoría de la población?

¿Cómo reaccionarán los mexicanos ante líderes que señalen la obturación del futuro para millones de jóvenes, a los que no se les da la oportunidad de una educación de calidad y de posibilidades de trabajos enriquecedores?

¿Cómo se comportará la clase social media -los trabajadores, los asalariados, los burócratas, los empleados, los micro y pequeños empresarios- ante planteamientos que incorporen la gestión de la inteligencia emocional, como lo han hecho en otros países Obama, Lula o Sarkozy, o más demagógicamente Chávez, Evo o Correa?

¿Será posible en México que las aspiraciones de un futuro más humano y más justo, equitativo y solidario, movilicen personas, grupos y estratos enteros de la sociedad, como pueden ser los jóvenes, las mujeres o los adultos mayores?

No se trata de atemorizar. Se trata de pensar. Se trata de hacer frente lo que se nos viene. Y se trata de tomar la iniciativa, porque los problemas no se resuelven solos. Nuestras soluciones, propuestas y acciones tienen que ser tan grandes como nuestros desafíos, nuestros retos y nuestras esperanzas.

Tenemos que abandonar las componendas, las denuncias hipócritas, las soluciones tibias y los equilibrios inestables, que a nadie satisfacen, para plantear soluciones de fondo, estructurales, radicales.

Habría que propiciar la idea de un cambio radical, encabezado por los líderes sociales, intelectuales, económicos y políticos, que no sean “gatopardistas”: que todo cambie, pero que todo quede igual; se trata de provocar un cambio radical que sea una solución, en lugar de una amenaza.

Entiendo aquí como escenario radical, aquel en el que como sociedad nos decidimos a postular el cambio de modelo, el cambio de paradigmas, el cambio de circunstancias. Se trata de un escenario radical en el sentido de ir las raíces, a las claves, a los elementos configuradores de una situación.

Al descubrimiento del genoma de nuestros vicios para erradicarlos, y al descubrimiento del genoma de nuestra identidad como mexicanos, para lograr juntos, más para todos, para poder ser mejores.

Hay que tener la audacia frente al escenario inercial, de afirmar que es posible vivir de otra manera, que los políticos y sus partidos pueden, deben y tienen que ajustarse a las necesidades sociales, en lugar de utilizar esas necesidades como pretexto para conseguir ventajas, exenciones, concesiones y privilegios.

Ahora o nunca

La naturaleza aborrece el vacío. No creo que, en esta época de definiciones, podamos salir adelante, sin el inventario de todos nuestros haberes y logros; sin el reconocimiento de todo lo que está mal; sin la aceptación de los medios que tenemos para lograr un futuro mejor; sin una visión incluyente, integradora y justiciera.

Se trata de lograr una recomposición de las relaciones de todo tipo –políticas, laborales, educativas, sociales- para que se asienten en el respeto a las normas, a las reglas y a la ley, por encima de las negociaciones, la corrupción y la discrecionalidad. Se trata de

lograr un nuevo pacto social, que minimice las desigualdades y potencie las oportunidades.

Este escenario radical no tiene porque ser un escenario de ruptura. No se trata de desconocer nuestra historia, se trata de incluirnos a todos, cosa que hasta ahora no hemos hecho.

Es un escenario radical porque supone la apuesta por el interés general, sobre el particular; por la solidaridad, por encima de la indiferencia; por la justicia, para superar la explotación y el envilecimiento; por la democracia, para combatir la inercia mediante la participación; por el reconocimiento mutuo y la aceptación de las diferencias que se pueden solventar, para dejar a un lado el aniquilamiento, el desprecio y la ignorancia de los otros; por un presente de movilización generalizada, que haga posible una evolución progresista.

En la víspera del centenario de la Revolución Mexicana y del bicentenario del inicio de la independencia nacional, tenemos una situación de riesgo multifactorial, que descubre la vulnerabilidad y la injusticia de nuestro modelo de convivencia. Hay que movernos en la dirección de la apertura, del impulso, de la generación de oportunidades.

Todos, pero especialmente los que ocupan puestos de liderazgo, los que tienen medios económicos para llevar a una vida digna, los que destacan por sus conocimientos y por sus capacidades para lograr objetivos y metas, debemos elevar nuestro nivel de tolerancia al estrés.

No podemos permitirnos caer en la depresión, en la pusilanimidad, en la superficialidad, en la complacencia, en la búsqueda del beneficio personal sin importar lo que pase a nuestro alrededor. No es este el momento para descansar, no es el momento para hacer de las conmemoraciones centenarias una fiesta patrioter de fuegos artificiales.

Todos los seres humanos que hoy vivimos en México compartimos una responsabilidad histórica. Particularmente la tienen los jóvenes porque son fuertes, y especialmente los que disfrutan de mayores posibilidades, de mayores grados de educación y de mayores niveles de salud, alimentación y visión.

Si el futuro es de la juventud debe ser construido por ellos. Pero es necesario que los mayores les exijan, les ayuden a forjarse, los apoyen, los estimulen y también les proporcionen experiencia, consejo y guía; evitando, a toda costa, subestimarlos, desalentarlos, manipularlos o usarlos, o simplemente complacerlos para corromperlos y convertirlos en cínicos.

El país no vive un momento de opulencia. En donde la opulencia aparece enmascara una situación de desequilibrio muy peligrosa. El país vive un momento histórico. Se requiere un compromiso vitalmente asumido, un trabajo eficaz y desinteresado, y una gran capacidad de sacrificio y de buena voluntad. Por encima de todo –y a costa de acabar con los privilegios y la corrupción- se nos exige a todos la determinación de lograr una mayor justicia, aquí y ahora.

* Profesor y Director del Área de Entorno Político y Social. Presidente del Centro de Estudios para la Gobernabilidad Institucional (CEGI) del IPADE.
fg.z@hotmail.com